



Tema 18

Prosa del Siglo XVII

⊗ I. ACTIVIDADES SOBRE *EL BUSCÓN*, de QUEVEDO

Entramos, primero domingo de Cuaresma, en poder de el hambre viva, porque tal lacería (=miseria) no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, los ojos avencindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos (=cestos), tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico, entre Roma y Francia, porque se le había comido de una búas (=tumores) de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gazzate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada por la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirando de medio abajo, parecía tenerlo o compás, con dos piernas largas y flacas. Su andar, muy espacioso; si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro [que utilizaban los leprosos para advertir de su presencia]. La habla, ética [juego de palabras entre ética y hética=débil]; la barba, grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver la mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado (=comido por ratones) con mil gateras (=agujeros) y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa. La sotana., según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul. Llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños. Parecía con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino (=jesuita) lanudo. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo (=gigante). ¿Pues su aposento? Aun arañas no cabían en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de lado por no gastar las sábanas. Al fin, era archipobre y protomiseria.

F. Quevedo; *El Buscón*

1. El joven Pablos es criado de Diego Coronel. Ambos entran internos a casa del licenciado Cabra, que en este fragmento aparece descrito. ¿Cuál es el principal defecto del personaje?
2. ¿Cómo se llama este tipo de descripción que intenta resaltar los aspectos negativos de una persona?
3. ¿Qué orden sigue Quevedo en la descripción del licenciado Cabra?
4. Localiza y explica al menos dos juegos de ingenio o de palabras.
5. Señala los rasgos de comicidad presentes en el texto.

⊗ II. ACTIVIDADES SOBRE EL PERSONAJE DE DON QUIJOTE

Texto 1. Don Quijote decide ser caballero andante

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Texto 2. La penitencia en Sierra Morena por Dulcinea

—Paréceme a mí —dijo Sancho— que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer estas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

—Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado no gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que, si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? [...] Así, amigo Sancho, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada.

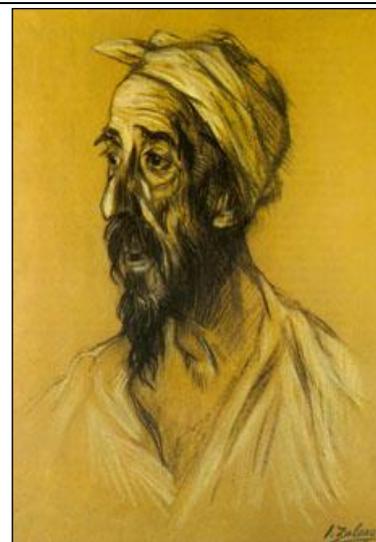
Texto 3. El Caballero de la Blanca Luna vence a D.Q.

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de vuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta caballero la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

1. A partir de estos tres textos, caracteriza el personaje de Don Quijote, teniendo en cuenta lo relatado por el narrador, los comentarios que el narrador hace sobre el personaje, los parlamentos del propio don Quijote y sus actitudes.



III. ACTIVIDADES SOBRE LA TÉCNICA NARRATIVA

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito, destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

1. Este fragmento corresponde a la aventura del vizcaíno, en el capítulo VIII. Esta aventura se corta de una forma muy extraña. ¿Qué sucede?
2. Imagina cómo podría plasmarse ese mismo fenómeno en una película actual.
3. ¿Cuál puede ser la intención de Cervantes para contar las cosas de ese modo?
4. Comenta las complicaciones del narrador, el autor y el segundo autor a partir de este fragmento.

IV. ACTIVIDADES SOBRE EL CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero¹, adarga² antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero³, salpición⁴ las más noches, duelos y quebrantos⁵ los sábados, lentejas los viernes⁶, algún palomino⁷ de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte⁸, calzas de velludo⁹ para las fiestas, con sus pantuflos¹⁰ de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellori¹¹ de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba¹² la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura*. Y también cuando leía: [...] *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza*.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar -que era hombre docto, graduado en Sigüenza-, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

1.-Astillero: una especie en el que se guardaban las lanzas cuando no se usaban

2.-Adarga: escudo ovalado de piel.

3.-La vaca era considerada una comida de inferior calidad al carnero.

4.-Salpición: guiso con los restos de carne o pescado desmenuzados y aderezados con sal, aceite, vinagre y cebolla.

5-Duelos y quebrantos: fritada que se hacía con huevos y alguna parte de animal (p.ej. los sesos). Se solía comer los sábados. No rompía el precepto de no comer carne

6.-Sin duda, lentejas sin acompañamiento, para no romper el precepto de no comer carne.

7.-Sin duda, una comida de lujo, comerse una paloma del propio palomar.

8.-Sayo de velarte: casaca antigua, larga, sin botones hecha de paño negro.

9.-Calzas de velludo: media o calzón de felpa o terciopelo.

10.-Pantuflos: zapatillas de andar por casa.

11.-Vellori: paño entrefino, de color pardo o del color natural de la lana.

12.-Frisar: aproximarse, sin llegar.

1. En el texto contrastan elementos que potencian la imprecisión con otros elementos muy precisos. Distingue unos de otros. ¿Por qué aparecen los elementos de imprecisión o ambigüedad?
2. Analiza la descripción del protagonista: rasgos físicos, de carácter, de costumbres, modos de vida.
3. Esquematiza el proceso que lleva a Alonso Quijano a la locura.
4. El párrafo final es una conclusión de todo lo anterior. En él se contienen dos ideas clave: una de tipo conclusivo y otra de tipo valorativo, importantes para el desarrollo de la novela. Localízalas y coméntalas.
5. Señala las diferentes partes del texto. Distingue también entre las fundamentalmente narrativas y las fundamentalmente descriptivas.
6. Analiza la clase y la función del narrador en el texto.

ACTIVIDADES SOBRE EL PRÓLOGO

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío (1), sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel (2), donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo (3) y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote (4), no quiero [...] suplicarte, casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres; [...] Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y obligación; y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della. (5)

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría (6); y, estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío (7), gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

-Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas (8), con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina (9); sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos [...] De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A.B.C., [...] También ha de carecer mi libro de sonetos al principio. [...] En fin, señor y amigo mío -proseguí-, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos (10). De aquí nace la suspenso y elevamiento, amigo, en que me hallastes; bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo:

-Por Dios, hermano, que agora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero agora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo, en un abrir y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

-Decid -le repliqué yo, oyendo lo que me decía-: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión? (11)

A lo cual él dijo:

-Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podáis bautizar y poner el nombre que quisieredes [...] En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscarle; [a continuación, el amigo le facilita una cita traducida por Juan Ruiz: *libertad y soltura no son por oro compradas*; luego una cita de Horacio: *la muerte amarilla va igualmente a la choza del pobre desvalido y al alcázar real del rey potente*; dos de San Mateo: *yo os digo: amad a vuestros enemigos, y del corazón salen los malos pensamientos*; y una de Ovidio de Catón: *en tanto que eres feliz, contarás numerosos amigos, pero si el tiempo se nubla, estarás solo*]. Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.

En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera: si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacédle que sea el gigante Golias, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación [a continuación explica la historia bíblica del gigante Goliath]. Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, [a continuación realiza una cita de erudición geográfica sobre el Tajo]. [Y luego realiza diversas citas sobre mitología clásica y literatura latina y castellana]. (12)

Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y, cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improvisio autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que de aquellas que le falta (13), porque todo él es una inactiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor ser lo que se escribiere. Y, pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y oscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla (14). En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzáredes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo; en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero (15), y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encajercer el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderes que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.

Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no olvide. Vale.

A partir del engendramiento del texto en la cárcel (1597 o 1602), Cervantes señala la indignidad contra sí mismo: Un hijo feo / del que es padrastro y no padre // Al cabo de tantos años vuelve... // Ha escrito una leyenda seca // Decide no publicar El Quijote // Se declara incapaz, vacío, temeroso y confuso. Y es el "amigo" el que lo convence de lo contrario (no lo encuentra "prudente").

Al final del prólogo, el yo mantiene el mismo tono melancólico del principio, pero acepta "sin ponerlas en disputa" las razones del amigo.

Los sentimientos que transmite el prólogo son, pues, insuficiencia, impotencia, confusión, y paso rápido al entusiasmo.

1. Cervantes se trata a sí mismo indignamente.
2. Estancias en las cárcel de 1597 o 1602.
3. Llama a su obra, metafóricamente, un hijo feo.
4. Se reconoce padrastro y no padre.
5. Reconoce la libertad del lector.
6. Señala su impotencia o incapacidad.
7. Atención a la figura de este amigo.
8. Cervantes, de 57 años, llevaba 20 años sin publicar nada.
9. Atención a cómo caracteriza su propia obra.
10. Decisión de no publicar, por incapacidad y pereza.
11. Se confiesa temeroso y confuso.
12. El amigo le recomienda fingir y recurrir a sus conocimientos. Es decir, que no se complique la existencia. Por otro lado, ¿quién puede ser este amigo, que conoce tanta producción escrita?
13. El amigo alaba el libro de Cervantes.
14. Las finalidades del libro. El amigo señala cuáles deben ser los efectos de la obra en el lector.
15. El efecto de los consejos del amigo: la publicación del libro.

ACTIVIDADES SOBRE EL PRÓLOGO

1. ¿Qué tipo de estado anímico del yo de Cervantes transmite el prólogo?
2. ¿A qué puede ser debido?
3. ¿Qué papel cumple la presencia de un amigo tan inverosímil?
4. ¿Por qué Cervantes, aunque llama *hijo* al texto, no se considera su padre sino su padrastro?

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz [...], porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto más, señores guardas .añadió don Quijote., que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

1. Localiza este fragmento en el desarrollo de *El Quijote*.
2. Relaciona su contenido con la ideología de Cervantes.

<http://rtve.es/v/3326763>